

**Facilidades para adquirir
LA NOVELA IDEAL
Y
LA REVISTA BLANCA**

Al objeto de facilitar la adquisición de nuestras publicaciones, armonizando dicha facilidad con el compromiso que tenemos de devolver dinero que se nos prestó en momentos difíciles, hemos resuelto vender nuestras publicaciones a los siguientes precios :

La colección íntegra de LA NOVELA IDEAL a nueve céntimos ejemplar.

Partidas de cien ejemplares, eligiendo los interesados los volúmenes y en cantidades de a veinte, a ocho céntimos ejemplar.

Partidas de cien ejemplares, eligiendo nosotros los números, a siete céntimos ejemplar.

Partidas de 500 ejemplares, trato especial; trato especial, también, a los grupos y colectividades que deseen repartir gratis la novela, eligiendo nosotros los títulos.

Los números atrasados de *La Revista Blanca*, pertenecientes a los cinco primeros años, 0'25 pesetas ejemplar. El mismo precio si se adquiere la colección completa.

En tomos encuadernados pueden adquirirse, a plazos, LA NOVELA IDEAL y *La Revista Blanca*, la primera a 2'20 tomo, la segunda a 9 pesetas; un tomo, un año, dentro de la cual hay las obras siguientes: *El último Quijote*, de Federico Urales; *La Reacción y la Revolución*, de Pi y Margall; *Jesús es un mito*, de George Brandés; *Los Deportados*, de Carlos Malato y *El caballero de la Barre*, de Miguel Zevaco.

**LA NOVELA
IDEAL**



EL HIJO DEL CAMINO Por ANTONIA MAYMON
Núm. 237 AEP - CDHS
BARCELONA 15 Cénts.

Volúmenes publicados de esta colección

1. *Mi amigo Julio*, de Adrián del Valle.—2. *Florecimiento*, de Federica Montseny.—3. *Abnegación*, de José Sanjurjo.—4. *¡Hermanos!*, de Salvador Cerdón.—5. *Las santas*, de Federica Montseny.—6. *Mi hermana*, de José Martín.—7. *El redentor*, de Isaac Pacheco.—8. *¡Engañada!*, de Federico Urales.—9. *El cacique*, de Barthe.—10. *Jubilosa*, de Adrián del Valle.—11. *El hijo de nadie*, de Federico Urales.—12. *El amor nuevo*, de Federica Montseny.—13. *El arreo*, de Solano Palacio, y *Al jabalí*, de Salvador Cerdón.—14. *Madre*, de Antonia Maymón.—15. *Náufragos*, de Adrián del Valle.—16. *Redimida*, de Fernando Claro.—17. *Amor maldito*, de Federico Urales.—18. *Madrina de guerra*, de José Martín.—19. *¿Cuál de las tres?*, de Federica Montseny.—20. *El hereje*, de José Sanjurjo.—21. *La bella aldeana*, de Federico Urales.—22. *Luz en las tinieblas*, de F. Caro Crespo.—23. *¡Madres!*, de Rogelio Arnau.—24. *Los hijos de la calle*, de Federica Montseny.—25. *Esclavo de su culpa*, de José Castells Serra.—26. *El pecado de amor*, de Ricardo Vaqué.—27. *Las dos son mías*, de Federico Urales.—28. *Amor y sacrificio*, de Solano Palacio.—29. *Maternidad*, de Federica Montseny.—30. *Espe ranza*, de Ignacio Cornejo.—31. *Pigmalión*, de Carlota O'Neill.—32. *Peregrino de amor*, de Federico Urales.—33. *La alondra*, de Angela Graupera.—34. *El otro amor*, de Federica Montseny.—35. *Cielo y tierra*, de F. Caro Crespo.—36. *Jugar con fuego*, de Federico Urales.—37. *Camelanga*, de Adrián del Valle.—38. *El drama de un amor vulgar*, de J. Rodríguez Aragón.—39. *La última primavera*, de Federica Montseny.—40. *El triunfo del amor*, de David Díaz.—41. *El suicidio de dos enamorados*, de Federico Urales.—42. *La venganza de Jaime*, de Angela Graupera.—43. *Resurrección*, de Federica Montseny.—44. *Cómo se ama*, de José Esglesas.—45. *Flores con y sin espinas*, de Federico Urales.—46. *Arrayán*, de Adrián del Valle.—47. *La hija del banquero*, de Romilda Mayer.—48. *Martirio*, de Federica Montseny.—49. *Aurora*, de Solano Palacio.—50. *Una aventura*, de Federico Urales.—51. *Como las águilas*, de Mauro Bajatlerra.—52. *La hija del verdugo*, de Federica Montseny.—53. *Laudó de amor*, de Elías García.—54. *Un infanticidio*, de Federico Urales.—55. *Desterrados y raptos*, de Asensio Larrea.—56. *María de Magdala*, de Federica Montseny.—57. *El último baluarte*, de F. Caro Crespo.—58. *Aristócratas*, de Adrián del Valle.—59. *La perla*, de Antonia Maymón.—60. *El amante de Encarna*, de Federico Urales.—61. *Cautivos que se libertan*, de Luis Calventus.—62. *El rescate de la cautiva*, de Federica Montseny.—63. *La Virgencita de los Merinales*, de Mauro Bajatlerra.—64. *Diez años después*, de Federico Urales.—65. *Armonía*, de Miguel Campuzano.—66. *Ambición*, de Adrián del Valle.—67. *Cain y Abel*, de Elías García.—68. *Si tú me quisieras*, de Federico Urales.—69. *Ma-riucha*, de Iván Chevick.—70. *Entre dos amores*, de Federico

LA NOVELA IDEAL

Número 237

Antonia Maymón

EL HIJO DEL CAMINO



PUBLICACIONES DE LA REVISTA BLANCA

ADMINISTRACIÓN:

Calle Guinardó, 37, Barcelona

Se sirven colecciones completas encuadernadas y en números sueltos

Precio de suscripción: Un semestre, 3'50 ptas.

No se devuelven los originales que no se publiquen

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ
SUPERVIVENCIA

DE A. FERNÁNDEZ ESCOBÉS

MI VIDA

POR FEDERICO URALES

Acaba de ponerse a la venta el tercer tomo de esta interesante autobiografía. Más íntimo que el primero; más luchador que el segundo; más interesante y trágico que el segundo y que el primero. En este tercer tomo van intercalados los retratos de Federica cuando contaba 9 años y el de su madre cuando tuvo a la niña.

Más de 250 páginas, 2'50 ptas.

AEP - CDHS
BARCELONA

I

A mi hijo bien amado. A todos los jóvenes que anhelan un mundo mejor.

Corría el expreso dejando atrás árboles, casas y caminos. El frío exterior empañaba los cristales de las ventanillas y hacía que los viajeros se arropasen con fruición en sus mantas de viaje, y sintiesen esa sensación de delicioso egoísmo que experimenta el ser cuando se ve a cubierto de una molestia.

Corre el tren, y los viajeros se sienten felices al contemplar al viandante, que por la carretera lucha con el frío y la ventisca, y hasta les molesta que en una estación un intruso abra la puerta y por ella se cuele un poco del frío que amorata los miembros del peón que concienzudamente desmenuza la grava o de la mujer, que bandera de franquicia en mano, espera al monstruo de hierro que apenas se detiene o sólo lanza un resoplido de bestia cansada sin interrumpir su camino, como si una fuerza desconocida le dijera como al judío errante anda, anda, anda.

El viajar es algo que nos hace sentir la deliciosa sensación de que somos algo más que un árbol o una piedra; casi en nada se diferencian de los árboles de su región nuestros viejos campesinos, que siempre vivieron apegados al terruño y que nunca sintieron las ansias de investigar lo que se esconde detrás de aquella montaña cuya cresta parece desafiar el cielo, o lo que puede

verse surcado aquel mar de límpida superficie o de encrespadas olas

Sus manos sarnentosas, recuerdan la vid que toda la vida cuidaron y sus rostros surcados de arrugas, recuerdan también, la tierra sobre la que pasaron toda la vida para arrancarle el tesoro de sus entrañas, que convertido en alimento sostiene la vida humana, reponiendo las diarias pérdidas de sus componentes.

Al viajero que cómodamente contempla al labriego, corriendo él a varios kilómetros por hora, le parece ver un complemento del paisaje en aquel hombre, que quizá no soñó nunca con averiguar si existe en la tierra otras montañas que las suyas, ni otros hombres que sus vecinos. Las casitas aisladas despiertan la curiosidad del viajero poco hablador y muchas veces, se quisiera penetrar en el misterio de aquellas viviendas, cuyos seres muchas veces poetiza nuestra imaginación y que quizá no son nada más que mediocres y avaros campesinos, que cuentan las pesetas y dejan morir de necesidad a los hijos.

Al fondo de un valle se divisa una casita blanca con verdes persianas rodeada de verde follaje y cuadros de hortaliza. ¿Qué drama se desarrolla en ella? ¿Quién llora o ríe detrás de esas persianas que esconden el misterio de un hogar? Tal vez una joven sueña con el amor o un enfermo incurable ve pasar el tren y averiguarlo resultaría tan fugaz como su vista lo es desde el punto de observación, y nuestro anhelo es prontamente substituído por otra visión, ora gallarda y juvenil, ora decrepita o en el primer albor de la vida.

Es posible que nunca más volvamos a ver a aquella jovencita asomada a una ventana adornada de macetas, cuyos ojos soñadores seguían con interés la marcha del tren y para la cual deseamos una vida de venturas y felicidades, ni a aquel mozo robusto, que al lado de una mocita, contemplaba la marcha del infatigable conductor de errantes anónimos.

Por otra parte. ¿A dónde va el viajero mudo y sombrío que apenas contesta a las preguntas de sus compañeros de viaje? ¿Es llamado por la muerte, la desgracia o la fatalidad? Tal vez la mujer amada agoniza llamán-

dolo mientras él quisiera aumentar la velocidad del tren. Quién sabe, si el hijo amado o la respetada madre, sufre y padece, o si su aire adusto es producto de un drama o de una enfermedad.

¿Quién esperará al viajero triste o alegre, locuaz o taciturno? ¿La soledad y el abandono? ¿Brazos amantes y labios sonrientes? ¿Qué dramas, qué sañetes, qué novelas podrían contarse! Una de estas pero verídica, voy a referiros.

G.D.H.S.-A.E.P.
Barcelona

Corría el expreso a toda velocidad y en un departamento de primera, una joven dormía plácidamente envuelta en una manta de viaje. Por lo que de ella podía verse era una delicada belleza rubia de cara aniñada y blanda melena, su risueño semblante expresaba que su sueño no era desagradable, pues que una sonrisa entreabría sus labios; adivinábase bajo la manta su menuda figura y levantaba rítmicamente su respiración el pequeño y bien formado seno.

No iba seguramente cansada de la vida y el amor, como la viajera del poeta, porque en su mano izquierda lucía un anillo, cuyo sello formábase un retrato masculino de arrogante figura, según la altura del rostro y de juventud, sino primera, tampoco madura.

Arrullada por el movimiento del tren y por el calor de la manta, no se daba cuenta ni de marchas ni de paradas, y pasóle desapercibido que en una estación de poca importancia subió un viajero y se acomodó lo mejor posible en el opuesto asiento por ella ocupado.

No es muy cómodo viajar en España, ni aún en trenes de lujo; pero la juventud y la salud vencen los mayores obstáculos y así nuestro viajero, pronto se hubiera entregado en los brazos de Morfeo, si no hubiese tenido por única compañera una tan atrafante persona.

Joven también, de cabellos castaños, de ojos verdes y de simpático aspecto, quedóse contemplando a la dormida joven con la admiración que nos produce lo bello

y la simpatía que la juventud despierta en ambos sexos. No era por cierto su mirada la del sátiro, que saborea con antelación los deseos que la vista de la hembra en él despierta, ni la del señorito achulado, que se cree irresistible y dominador: era la del artista, que contemplara una obra de arte y la del hombre que admira a la mujer, que en sus brazos a de suspirar trémula de pasión; pero casta de lujuria.

Su contemplación no tenía nada de agresiva y seguramente el respeto era igual a la admiración que la vista de la bella joven le producía, y a buen seguro, que era de esos que no consienten el atropello y la afrenta dirigido a una mujer. Así largo rato; la joven durmiendo, bella y sonriente, como una estatua yacente que representase la vida y el amor; él con los brazos cruzados, detallando aquella cara añiada, los rubios y rizados cabellos, las manos diminutas y todo aquel conjunto de perfecciones con que la naturaleza se muestra pródiga en ocasiones.

Poco a poco entreabrióronse sus pestañas y sus miradas recorrieron el departamento fijándose en su compañero de viaje. primero con esa vaguedad que da el despertar y luego con la claridad y certeza de quien vuelve a la realidad de la vida. Incorporóse, arregló sus vestidos y echó atrás su rubia melena. Sonrió él, sonrió ella, y cruzaron una mirada tierna y apacible como si se hubiesen conocido toda la vida.

—¡Muy lejos!

—A Madrid. ¿Y usted?

—Lo mismo.

El hielo estaba roto. Conversaron como dos camaradas, ella refirió que allí la esperaba su marido, un célebre escritor que había conquistado la fama a fuerza de hambre y privaciones. Ahora ganaba el dinero como quería, sus artículos eran disputados por los mejores diarios y sus novelas agotadas y traducidas a diversos idiomas a poco de aparecer. Ella se había casado deslumbrada por su fama y atraída por el renombre de gran escritor, después lo había amado locamente, por su bondad, por el amor sin límites que en él veía y porque adivinaba hasta sus mejores caprichos para satisfacer-

los. Volvía de la ciudad condeal de asistir a la boda de su única hermana.

—Pues yo no sé de dónde vengo ni a dónde voy—contestó el joven correspondiendo a sus confidencias—. Soy el judío errante. Siento una voz en mi interior que me dice anda... anda... anda... Cuando la primavera esparce sus aromas y la tierra se engalana, quiero aspirar su delicioso perfume, deseo florecer como florece la semilla oculta en el surco y al ver la fealdad de lo que me rodea, experimento el asco que produce ver una cucaracha, cuando vamos a admirar una mariposa y la voz interior me dice anda... anda... anda... busca algo que no existe; busca la armonía, hecha vida feliz; busca el amor, busca la dicha.

Y llega el verano y la semilla hecha fruto me invita a vivir en medio de los campos, a bañarme en el mar, a escalar la montaña y en todos estos sitios la fealdad moral me llame a la realidad de la vida. El campesino es ignorante y se hace esclavo por un mendrugo, la playa es floñez y a ella acude el que durante el invierno atesoró el sudor ajeno. ¿Dónde están los niños raquíticos? ¿Dónde las mujeres tuberculosas? ¿Dónde los hombres extenuados por el trabajo invernal? Y la voz interna me dice anda... anda... anda... busca al que no tiene pan ni albergue, al que encerrado en una fábrica produce para que todos estos puedan admirar la mar bravía, el acantilado de intensa belleza, la montaña de salitíferos pinos.

Y llega la madurez con el otoño y el regreso de los felices a sus hogares me vuelve a decir anda... anda... anda... busca al que extenuado después de una larga jornada carece de brazos amorosos y de cariño reconfortante; busca al niño maltratado por no haber recogido bastante limosna, busca al anciano asilado por carecer de familia o por desamor o pobreza de los suyos; anda... anda... anda... que los felices ya regresan a su hogar, busca a los desgraciados que no lo tienen.

¡Oh, los días invernales! Tan cortos y tan largos en su tristeza y miseria!

Al lado de la estufa pienso en el minero: contemplando a los hambrientos en las delicias del hogar caliente y confortable, y otra vez siento la voz que me

ordena marchar, marchar, sin tregua ni descanso, en busca de la niña que agoniza en brazos del padre parado, de los golfos que duermen amontonados en indecente promiscuidad, de las señoritas cursis que no tienen sangre roja que transmitir a sus descendientes, de todos y de ninguno determinado, de los que sufren para consolarlos, de los felices, para recordarles que su felicidad tiene partículas de dolor ajeno.

Soy el viajero eterno, el judío errante, cuyo destino es andar... andar... andar... para ir dando mi vida en esta peregrinación y cuando no pueda dar más, dar como Danko mi corazón a los mismos que me desprecien y calumnien, para que les sirva de luz en la busca de la nueva felicidad.

Corría el exprés, desflebaban ante él casas, prados, hombres y bestias; bufaba como monstruo castigado y derribaba los obstáculos que encontraba a su paso. En su interior dos bocas se juntaron y dos seres cantaron el himno de la vida eterna.

Aída cayó. El influjo de unos ojos brujos pudo hacerle cometer la villanía de entregarse a un desconocido queriendo a su marido. No era una pervertida ni una viciosa; seguramente requerida de amores por un don Juan de salón, hubiese resistido el asalto, burlándose además de frases floridas y suspiros románticos. Se había oído llamar demasiadas veces hermosa y era sobrado joven para no haber pasado por ese peligro. ¿Cómo ella que resistió muchos asedios, como fortaleza inexpugnable, se entregó sin lucha, sin resistencia, al primer desconocido que la conquistó, no con frases galantes y melosas sino con lo imprevisto?

¿Era «la suprema ley» de López de Haro, que clamaba desde sus infancias entrañas? Laura se entregó después de cruenta lucha mordiendo y arañando al bruto de Ernesto Slingem, mientras que ella abrió sus brazos sin lucha, conquistada sin conquista, mirándose en los brujos ojos verdes, que la miraban con virilidad exenta de lujuria y encantada de aquellas palabras que en lugar de compararla con rosas y perlas, le hablaban de peregrinaciones en pos de un desconocido ideal de amor y redención. Quizá ella se sintió irredenta en su vida y

quiso comulgar en la mesa de la ilegalidad, como protesta a tanta legalizada moralidad.

Laura se entregó ávida a los espectáculos macabros de la guerra, buscando llenar un vacío en su existencia, vacío del que no se daba cuenta y la brutalidad de la guerra le salió al paso. El bruto, ávido a su sed de placer y degenerado por la matanza, separola del marido y violó su joven carne: aquel hombre fino, poético, ingeniero químico de una fábrica de perfumes, se convierte, gracias a la guerra que todo lo degrada y embrutece, en un sátiro violador; pero la suprema ley específica de la especie, venciendo estas brutalidades, convierte en el último instante, sin ellos preverlo, y quizá a pesar suyo, al bárbaro en un hombre que transforma en la alquimia de su naturaleza la brutalidad en amor hacia la mujer que aprisiona en sus brazos, y a ésta, en depositaria de aquella fecundación, que no logró el matrimonio legal, ni el amor, que quizá más ficticio que real, creían tenerse los esposos.

Laura, muñequita frágil, es probable que se sintiera mujer por primera vez en brazos del alquimista, transformado en bárbaro por obra y gracia de la monstruosidad que los humanos denominan guerra, algo debió conservar el violador de su exquisita sensibilidad de antaño, cuando manipulaba las esencias de las flores, ya que así se lo declara a su víctima, cuando el hecho ya tiene las consecuencias que han de alterar sus vidas y la de Gerardo, padre legal del retoño: Lo que usted tiene de flor, dulce enemiga mía—le dice—fué la perdición de ambos.

Pero esta concepción anormal tenía que tarar el cerebro de Bebé; las escenas de matanza y exterminio son demasiado fuertes para no quedar estereotipadas por mucho tiempo, el instinto guerrero es brutal y belicoso y Bebé será agresivo y pendenciero, correrá a caballo por los pasillos del palacio y blandirá la espada a todas horas, y aunque su tierna edad lo hará servirse de caballos de cartón y de ofensivas espadas de juguete, su mirada metálica e impassible y sus ademanes enérgicos delatarán que es hijo de la guerra. En vano lo adoran y miman la madre y la abuela, su cerebro está marcado con la espantosa tragedia y la muerte piadosa y a la vez

desplazada, petrifica las meninges infantiles con la terrible meningitis, y entonces es cuando se anafia y recobra el parecido con su madre, y entonces es también cuando su grito fino, agudo, taladrante, parece clamar justicia para los innumerables soldados desconocidos, que se pudren lejos, sin haber tenido una mano piadosa que mitigara la sed en su agonía.

¡Feliz Beté, víctima de la aberración humana!

¿Qué será el hijo del camino si Aida resultase fecunda de su entrega?

Tendría todos los dolores humanos cristalizados en aquel cerebro formado en aquel momento de paz augusta en que la caricia de unos ojos verdes, dulces y profundos, convirtieron en mujer a la muñequita minada, que siempre fué bibelot y nunca hasta entonces oyó expresarse a nadie con el verbo cálido y enérgico de quien pasa por la vida para comprender sus dolores y fustigar sus injusticias.

—¿Adónde vas viajero? detén tus pasos. Una muñequita se ha sentido mujer ante tus serenas y dulces caricias, ha bebido el néctar de la vida sin galanterías ñoñas ni desplantes donjuanescos. Detente viajero, que aquí está tu dicha! Inútil! esfuerzo, la humanidad toda tira de él y pronto desaparecerá y se esfumará como la sombra impalpable que empuja al mundo a buscar su liberación, desde que los hombres trastornaron las leyes naturales y se hicieron desgraciados.

Anda... anda... anda a predicar la buena nueva de Norte a Sur y de Este a Oeste, que Aida te recordará como un hermoso sueño, en el que vislumbró al amor bajo otra fase insospechada por ella hasta entonces, exento de majaderías y de hipocresías y tan viril y casto, en su espontánea manifestación, como libre de lujuria y degeneración.

Es el amor el duendecillo que más sorpresas prepara a los hombres; lo tenemos a veces definido y comprendido, a nuestro parecer, nada puede hacernos traición, porque nuestra fina percepción ha indagado las causas y consecuencias que a él nos han llevado, y con el natural desencanto nos damos cuenta de que los hilos tan bien tramados se nos escapan de las manos, de que el telar de nuestra inteligencia y el receptáculo de nuestra sensi-

bilidad teje y desteje a su gusto, sin pedirnos permiso para ello y ante la fortuita circunstancia caen por tierra todos nuestros argumentos, como las hojas del árbol a impulsos del vendaval.

Del vendaval de la vida, que no sólo se manifiesta en grandes tragedias, provocadas por ruidosos acontecimientos que tronchan vidas y dichas, sino con acontecimientos pueriles, de trascendencias tan grandes que se bastan para hacer desgraciada o dichosa toda una vida.

Por ello el amor del viejo crapuloso, que compra a la tierna azucena para convertirla en pasionaria en un lecho de lujuria senil, nos da la sensación del engaño, de la rebeldía de todo, menos del amor compartido y del respeto mutuo, al paso que el matrimonio por amor produce en nosotros la frescura del arroyo cristalino de puras linfas, y nos sume en un mar de confusiones, cuando comprobamos ser cierta la afirmación de Marañón: «Este es el esquema ideal que ha servido de argumento a tantas historias, a tantos poemas... y de prólogo a tantas tragedias».

Porque, como dice el citado autor, solemos llamar amor a muchas manifestaciones y no extrañamos encontrar variaciones diversas en un sentimiento tan desnaturalizado al presente, moral y biológicamente.

Dice Marañón: «El progreso de la inteligencia y de la moral de los hombres nos arranca cada día cosas que habíamos meditado sobre su falacia. Y una de ellas es el gran absurdo de prepararnos para el matrimonio como para una aventura de amor. Y se parecen tanto, como el palacio lleno de maravillosas estancias y la puerta que puede dar acceso al mismo; pero que puede también quedar cerrada».

»Renunciemos a este equívoco romántico y dañino. Los poetas nos maldecirán. Pero la bendición de nuestros hijos nos consolará de sus maldiciones. Y a la postre, los poetas nos darán también la razón y dedicarán sus sonetos a la Eugenesia, como hoy se los dedican a la luna.»

Aida no había leído ni «La suprema ley» de López de Haro, ni «Amor Conveniencia, Eugenesia» de Marañón, se había casado por amor y estamos seguros de que hubiese resistido las melosas declaraciones de los niños bien y

los asedios del moderno Don Juan y sin embargo, se dejó vencer por los acentos reivindicadores, de quien quizá a su vez se olvidó por algunos instantes, de su especial condición de vagabundo idealista. Quizá en aquel instante sintieron ambos ese monogamismo especial, de que también nos habla Marañón, al diferenciar a uno sólo del grupo que atrae de instinto masculino o femenino. Detengamos la pluma ante estas consideraciones, el terreno es demasiado resbaladizo y podríamos caer en errores de mucho bulto.

* * *

—;Aida!

—;Jacinto!

Y antes que la joven saltase del vagón, dos brazos robustos la sostuvieron; sonó un largo beso y una sombra masculina se esfumó hacia la ciudad.

Aida y Jacinto reanudaron su vida de felicidad; su hogar era un verdadero nido de amor. Aida un pájaro de hermoso plumaje, Jacinto, un hombre de verdadero talento. Aida tenía bastante con el amor de Jacinto, su hermosura y bonitos trajes. Jacinto con su talento y el cariño de una muñequita con poco seso, pero con mucha gracia y mucha bonitura. Cuando soñaba sus novelas su tipo femenino era la mujer prudente y animosa, que sabe imprimir un rumbo en la vida del hogar, la que desgana los días en la obra de misericordia humana, que es pan para el hambriento y sostén para el desvalído, la que es hembra porque es don de natura y mujer por su conciencia.

En la realidad se conformaba con menos, un lindo bebé que le pedía con mimo sedas y joyas, un bonito bibelot que le adoraba y que se adoraba, porque Aida amaba y se recreaba en su hermosura como una cosa necesaria e imprescindible para su vida; admiraba sus pequeñas y blancas manos, sus rubios y finos cabellos, y todas sus bellas cualidades físicas, eran necesarias a su

vida de mujer bonita, amada por un hombre casi célebre, envidiada por las mujeres y codiciada por los hombres.

Eran felices como dos pajarillos, que hubiesen construido su nido en la rama de un árbol sin más preocupaciones que amarse y piar alegremente en los días de sol; el macho buscaba el alimento para su hembra, y ésta se le entregaba contenta de ser bella para alegrar la vida de un hombre, que se pasaba la vida escribiendo novelas de honda psicología humana y vivía la vulgar del hogar burgués.

Los dos pasaban por la vida sin saber arrancarle una nota de honda armonía y, lo que es peor, sin necesitarla, se amaban con todo el ardor de su rozagante juventud y se desconocían como dos extraños. Jacinto no sabía de Aida, sino que era bella, que lucía en su brazo como valiosa perla, que era suya aquella hermosura tan deseada; él tan psicólogo con la pluma en la mano, era incapaz de analizar esta íntima vida suya, escollo ante el cual naufragan los más atrevidos navegantes. Aida había nacido para que la adorasen por hermosa. Jacinto, la quería, la mimaba, la rodeaba de todas las comodidades posibles; era además buen mozo, buen escritor, buen marido, demasiadas bondades reunidas en un solo hombre; pero, en fin ella lo quería, era suya en completo abandono, y se sentía feliz, con esa felicidad que necesita alguna turbación, como las transeúntas almas del lago necesitan la piedra que forme los círculos que las agitan.

Y esta fué el incidente del viaje; cómo pudo ella entregarse a un desconocido a quien seguramente no volvería a ver más?

El interrogante tuvo consecuencias de drama, si es que es dramática la consecuencia de un acto natural. Aida se sintió madre. El momento fugitivo y pasajero pudo hacer germinar unas entrañas estériles al amor de cada día. Aida se horrorizó. La confesión de su maternidad llenaría de gozo a Jacinto y a ella de rubores; al confe-



sarle la verdad de su estado, Jacinto besaría las rosas de sus mejillas, rosas de rubor que él creería de pasión y serían de cruel remordimiento.

Y llegó el día de la revelación, Aida hurtaba los labios a la caricia y escondía la cabeza en el pecho del amado, como queriendo que su pensamiento traspasase hasta el corazón de aquel hombre, que en transporte de su pasión amoroso la acariciaba dulcemente, como si las caricias pasionales fueren imprudentes en tales momentos.

Aida, tendida en el lecho cerca de su marido, pasaba noches enteras en vela; se sentía dolorida de alma y cuerpo, pero sentía una gran dulzura y una paz interior: la suprema ley de la reproducción anulaba cuantas reprimendas se hacía ante el marido dormido con el semblante risueño y satisfecho. Era para ella inaudito lo que le sucedía quería odiarse y odiar al ser que se gestaba en sus entrañas y sólo sentía la inefable delicia de la maternidad, le asaltaban deseos de arrodillarse delante de su marido y le hablaba cara a cara, como si la obra que se realizaba en su vientre, todavía fuera un algo que la dignificase. Los días eran de fiebre, de remordimientos, de intranquilidad; las noches de sedante descanso, de alegría interior, de felicidad plena.

La luz meridiana le hacía bajar la cabeza, se sentía rodeada de honradez entre todas las amigas casadas y madres de hijos legítimos; las lecturas respiraban amor y respeto a todo lo que ella había atropellado, y lo que era peor, sin la pasión desbordante que pone un sello de rehabilitación a las mayores faltas, sin haber sentido flaquear el amor conyugal por los arrullos de un Don Juan de ocasión, sin el adulterio romántico, que necesita de las citas nocturnas, de los sobresaltos y los temores, para alimentar su morboso desarrollo.

Las noches eran serenas, ella y su hijo; no la rodeaba la honradez oficial, sino el silencio augusto de la naturaleza. La naturaleza entera guardaba en sus entrañas el germen de vida eterna, y serena y satisfecha descansaba de la pujante vida diurna; no pisaban los hombres sus surcos, ni sus palabras atronaban el viento. Cansada de oír tonterías, en la paz y quietud de natura los átomos se transformaban incesantemente y, como Aida, vigilaban sus cambios y transformaciones, sin explicarse la rosa

de donde recogía los elementos de su aroma, ni el rayo de luz de donde procedían sus cambiantes colores.

Aida se despreciaba profundamente; pero no conseguía explicarse el fenómeno que en ella se daba, ante el dualismo de sus remordimientos y la serena y ¿por qué no decirlo? alegría, que le producía las consecuencias de su falta.

—Quiero una nena tan linda como tú—decía Jacinto—; blanca, sonrosada, y rubia y con ojos azules como los de la mujercita buena que tan fel'z me hace.

Y delante de las camisillas que Aida misma confeccionaba, se extasiaba como un bobo.

Los zapatillos fueron objeto de una discusión acalorada y amistosa.

—Aida los quería azules para un bebé, Jacinto rosa para una nena.

—Sus piecitos serán capullos de rosa y en color rosa han de encerrarse, chiquitines y blancos hechos para ser acariciados.

—Serán fuertes y robustos, hechos a pisar el mundo con firmeza, endurecidos por largas caminatas y dolorosas peregrinaciones, pies que pisan los abrojos y los obstáculos de la vida en lugar de reunirlos.

Y Aida miraba un punto en lontananza como si sintiera aquel, anda... anda... anda... en que fué engendrado.

Pero Jacinto espíritu fuerte, que había desafiado a la vida y la había vencido, se sentía retratado en estas palabras y abrazando a su mujer besaba los labios que las pronunciaba y el vientre que gestaba tan preciosa vida y Aida ya no sabía distinguir sino confusamente, si los latidos de sus fecundas entrañas eran encarnación del moderno judío errante o del pacífico escritor aburguesado, que de sus antiguas miserias había triunfado con un mucho de voluntad y otro mucho de adaptación.

Y nació el bebé, porque fué niño, y de chiquitín se pareció como todos a su padre, que en esto del parecido

están acordes abuelas, tías y demás familia, en que el niño es igual que su padre, como si con esta afirmación dejaran bien sentada la paternidad; pero como fué creciendo sus cabellos fueron castaños, para no ser rubios como los de la madre, ni negros como los del padre, y su tez de un moreno pálido, tampoco tenía ninguna semejanza con el bien declarado moreno del padre, ni con la tez de alabastro de la madre.

Bien mirado esto no era de gran importancia, casi a todos los niños se les oscurece el color del pelo con los años y la tez cambia con los cambios naturales de la edad; pero los ojos ¿adónde me dejan ustedes aquellos ojos interrogantes que desde su más tierna infancia parecían querer desentrañar el porqué de todas las cosas?

Ni negros ni azules; verdes, verdes como las aguas del mar en días atormentadores; fijos como dos piedras preciosas que sirvieran de talismán a su lindísima cara; interrogantes, como si hubiesen venido al mundo solamente para arrancar los secretos de la vida.

Cuando miraba a alguien parecía decirle ¿qué eres tú? ¿Qué ocultas detrás de esa frente ancha o estrecha, abombada o deprimida? ¿Qué oculta ese traje de caballero o esos andrajos de mendigo?

En el hogar apuntó la tragedia. Su madre lo adoraba, acariciaba sus cabellos y besaba su frente, donde vislumbraba un cúmulo de pensamientos en embrión y sus ojos ¡oh sus ojos! la hacían abstraerse en el recuerdo de aquellos otros iguales, vistumbrados tan sólo en un momento de abandono de sí misma.

Su padre lo quería, era su orgullo, el primero de la escuela, el primero que descifraba un pensamiento difícil de sus libros, el primero que sabía encontrar la palabra acertada, cuando él titubeaba para encontrarla.

Pero sus ojos lo tenían desorientado; mirábalos y creía ver todo un mundo de interrogaciones detrás de ellos, también él había interrogado a la vida; pero no supo seguir arrancándole todos sus secretos, le dió holgura y ésto amenguó sus energías, tuvo comodidades y perdió rebeldías, le sonrió la fortuna y le hizo volver la espalda a los desheredados.

Su hijo encontraba el camino llano; sería sabio, sin robarle horas al trabajo para instruirse; sería célebre,

sin haber pasado por la hambrienta bohemia; sería rico, y ésto allana todos los caminos.

Pero sus ojos ¿de dónde había sacado aquellos ojos que parecían escudriñar el alma humana?

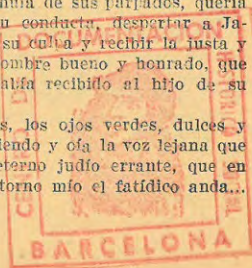
Eran su obsesión, eran su pesadilla.

Después del advenimiento del hijo se inició una separación moral entre Aida y Jacinto sin ellos darse cuenta; el hijo llenó un vacío y dejó un hueco, no es excepcional el hecho, con las manos unidas, contemplando la cuna con la alegría de verla ocupada y con la angustia que hace sentir la enfermedad, se ata más estrechamente el destino de muchos cónyuges, la separación es más difícil; pero la pasión se aminora, los sentidos se aquietan y la dulce paz de recanso hogareño deja de ser el nido de besos y risas, de puerilidades y alocaimientos.

Aida seguía enamorada de su marido; pero amaba esta paz sedante, que la convertía en otra mujer reflexiva y pensante, y que la dejaba abismarse de cuando en cuando en la contemplación de unos ojos vislumbrados rápidamente, y ahora reproducidos en su hijo, a quien adoraba con todas las apasionadas y excelsas ternuras de las madres, que son un poco más que instrumentos pasivos de reproducción, y al que apretaba contra su seno como un tesoro inapreciable.

Ya no deseaba nada, la maternidad la había satisfecho plenamente; y en sus noches de insomnio, cuando el sueño rebelde a sus llamamientos huía de sus párpados, quería reprocharse amargamente su conducta, despertar a Jacinto y pedirle el castigo de su culpa y recibir la justa y merecida repulsa de aquel hombre bueno y honrado, que con tanto amor y júbilo había recibido al hijo de su culpa.

Sus propósitos eran vanos, los ojos verdes, dulces y magníficos, la iban adormeciendo y oía la voz lejana que repetía sin cesar: «Soy el eterno judío errante, que en busca del bien sólo oigo en torno mío el fatídico anda... anda...anda...»



Jacinto en cambio deseaba otro hijo, se agarraba a otro segundo como el naufrago a una tabla de salvación, para ahuyentar el fantasma de la duda que le corroía las entrañas, para querer a Luisito, tal era el nombre del niño, como a hijo suyo.

Suyo, he aquí el posesivo que le faltaba, para que el niño ocupara en el corazón el lugar de carne de su carne. Mi mujer, mi hijo, es la tradición, es el eje de muchas cosas incomprensibles.

Jacinto había cuidado del niño antes de nacer, lo había adorado en el vientre materno, como fruto encerrado en el cáliz amado, había temblado de emoción al ver aquel montoncito de carne blanca y sonrosada, y seguido con amor todos los instantes de aquella infancia querida, sólo le faltaba la desaparición de aquella duda que le impedía decir con plena satisfacción, *mi hijo*, para sentir la plena y satisfecha paternidad; otro hijo sería esa satisfacción probando la primera, en tanto que ahora la esterilidad de Aida confirmaba la de los primeros años y sembraba su cerebro de espantosas pesadillas.

Y Jacinto soñaba, soñaba, con una nena rubia y rosada como Aida, de largos bucles rubios y finos, de carne de rosas y de ojos azules; pero cuando en su imaginación iba tomando fruto la hijita deseada, sus ojos se tornaban verdes y su mirar interrogante, penetrando en su corazón, le hacían el efecto de dos dardos envenenados.

Y se lo imaginaba varón, moreno y robusto, de negra melena y doradas carnes; mas no podía adjudicarle aquellos ojos negros, que para él hubiera deseado, los ojos eran verdes e interrogantes, como los causantes de su desventura.

Y poseía a Aida con deseo frenético, esperando de cada posesión una fecundación; pero en vano, en ella los ojos verdes, interrogantes, taladraban sus sienes y detenían su deseo, pareciéndole que se convertían en dos serpientes que le mordían el corazón y con burlona voz le decían.

No esperes otro hijo ni recobrar la pérdida calma
La tragedia se avecinaba.

* * *

Empezaron las pequeñas escaramuzas. Aida previó el fin, ya no amaba a su marido, su amor se había ido esfumando poco a poco, sin que ella pudiera evitarlo; pero quería conservar su puesto en el hogar, más por su hijo que por ella, veía la lucha cotidiana de su marido y temió que llegara a aborrecer al hijo, pronto se dió cuenta de que no corría Luis tal peligro. Jacinto lo amaba quizá a pesar suyo; mas no en valde lo había visto nacer y lo había amado desde el vientre de su madre.

No obstante, la agresividad se manifestaba en todo momento, la vida del hogar llegó a ser un infierno sin escenas violentas, incapaces de la educación de ambos; pero con el disimulo de dos adversarios que se conocen y saben las armas que han de esgrimir y los momentos oportunos para ello.

La quinta esencia del disimulo es la salsa del matrimonio, ha dicho no recuerdo quien, y Aida y Jacinto aprendieron tan bien esta ciencia, que nunca se abardonaban a sus sentimientos sin antes pasarlos por el tamiz de la hipocresía ¿podemos hoy vivir en común sin ella? Quizá la respuesta fuera todavía más improcedente que la pregunta.

Jacinto envidiaba a los gañanes, que saben bien suya a la mujer que estrechan en sus brazos. Aida a las menestralas que hacen de su maternidad, legal o no, un trofeo. Quizá los gañanes y las menestralas les hubieran envidiado aun sabiendo del sufrimiento de sus vidas atormentadas. Cuestión de apreciaciones.

Una gota derramaba el líquido de una vasija llena, un comentario de Aida sobre un infanticidio provocó el drama.

—Las mujeres—dijo Jacinto—son capaces de todo. unas veces matan al hijo y otras los hacen usurpar un puesto que no les corresponde.

—¿Eh!

—¿No conoces ninguna que finja año tras año y consenta que su marido de el amor y el calor de su hogar a un hijo adulterino?

Aida bajó la cabeza.

—¿No contestas, no sabes si existe algo dentro de ti, que te haga pensar en la verdad de esta inculpación?

Silencio.

Jacinto se levantó y asíéndola fuertemente por las muñecas la sacudió con furia.

—Habla, mata en mí esta duda que corroe mis entrañas, lleva la paz a mi corazón o confirma mis sospechas.

Aida se dobló más, casi cayó de rodillas ante la fuerza brutal que la sacudía como a débil caña, zarandeada por el viento.

—Habla, habla—repeta Jacinto como loco—sepa yo de una vez a qué amor debe la vida esa criatura que al nacer empezó a robar mi sosiego, a quien pertenecen esos ojos que me taladran el corazón cuando los miro, quien engendró esa pesadilla, que detiene mi mano cuando escribo, puebla mis sueños de pesadillas y me hace vivir en continuo desasosiego.

—¡Jacinto!

—Calla, no hables, ya ves si le tengo miedo a la verdad, que al ir a salir de tu boca me espanta, todo son delirios de mi exaltada imaginación, ni Luisito es un intruso, ni tú una mujer falaz e hipócrita ¿por qué habías de engañarme tú, dime? me quieres, si me quieres necesito creer, necesito convencerme yo mismo de que estos años son mentira y sólo verdad que tengo un hijo mío ¿qué tendrá este mío que tan bien suena a mi oído? y que tú, mi mujer ¡mi mujer! me has sido fiel. Ja, ja, ja. Yo psicólogo célebre, defensor de todas las manifestaciones de la libérrima voluntad, al borde de la locura ante el temor de perder el honor, el honor, que según Azorín, es lo que hace cometer más tonterías a los hombres.

—Jacinto, por favor, escúchame, escucha a esta pobre mujer que va hace tiempo sin brújula ni timón, dando tumbos en la vida doméstica.

—¿Luego es cierto? ¿Hay alguien en la sombra que se ríe de mí cuando ve mi ceguera y confianza?

Aida denegó con la cabeza.

—¿Entonces Luis es mi hijo?

—Tampoco.

—Termina de una vez, sepa yo a que atenerme ante este enigma que terminará con mi juicio, si antes no termina con mi vida.

Lentamente Aida empezó su relato, mientras Jacinto medía nerviosamente la distancia de la habitación sin

interrumpirla, saboreando el sereno placer de su mujer al sentirse madre, al cumplirse la suprema ley natural que él fué incapaz de hacerla cumplir.

Jacinto veía el monstruo de hierro, que atravesaba caminos y carreteras, bordeadas por casitas de misterio, en cuyo interior el drama se desarrollaba, sin grandes estridencias, mientras otras cobijaban el amor más puro e ideal.

En su interior su mujer había gozado el instante de la dicha suprema y sus entrañas, hasta entonces estériles, se habían fecundado ¿dónde estaba el hombre que había labrado su desventura? Era una sombra, algo impalpable, en quien no podía descargar su furia, en quien no podía cobrar las noches pasadas de claro en claro y los días de turbio en turbio.

Pero ahí estaban la mujer y el hijo, el moderno judío errante andaba... andaba... pues que anduviesen ellos hasta que sus pies sangraran y su vida quedara exhausta en mitad del camino.

Y zarandeando brutalmente a Aida posó su diestra sobre ella y sin miramiento ninguno la maltrató y le comunicó la orden de marchar con su hijo.

AEP - CDHS
BARCELONA

* * *

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve. Jacinto despertó y se vió solo en la cama, que durante varios años compartió con Aida. Al principio no supo coordinar las ideas y extendió el brazo, buscando el cuerpo en otro tiempo tan querido y la fuerza de la costumbre hizo su aparición en él; añoró el despertar a la mujer con un beso, el saborear las delicias de la cama un rato antes de levantarse, el desayuno servido por las manos femeninas, toda su vida, en fin, placentera y aburguesada.

No en vano pasó los mejores años de su vida al lado de aquella mujer, como en «La maja desnuda» de Blasco

Ibáñez, él se iba a pasar la vida retratando con la pluma a aquella mujer y a aquel hijo que había rechazado; galeote atado a la cadena, por él rota, ya no gustaría paz y sosiego completo, ya no volvería el amor a llamar a su corazón, ya no gustaría de la paz y el descanso, porque su conciencia, a pesar suyo, le gritaba lo injusto de su conducta.

Pudo hacer suya aquella niñez, y se perdió en lamentaciones estériles; apretar contra su corazón a aquel cuerpecillo nacido de la mujer amada y lo rechazó como a un leproso; mirarse en aquellos ojos interrogantes y ayudarles a descifrar los enigmas de la vida, y cerró los suyos, para no ver el tesoro que perdía.

Suyo, suyo, por amor y comprensión; más suyo que el engendrado en un rato de rutina; más suyo por afinidad, que por herencia, por darle gota a gota su sangre hecha pensamientos, hecha protección, hecha amor. ¡Su mujer! ¡su hijo! Malditos posesivos que le habían privado del verdadero amor y de la verdadera paternidad.

Jacinto se dejó caer en la cama con desaliento, comprendió que era un fracasado.

Y Luis fué el hijo del camino, el magnífico, el sublime hijo del camino que todo lo investiga y ante todo se rebela. El anda... anda... anda... de su concepción tomó en él carta de naturaleza, y anduvo la vida al margen de toda estupidez y rutina, y vibró y amó, y vivió con la intensidad que corresponde a los elegidos de la vida.

¿Quién fué su padre? Todos los hombres que encerrados en su gabinete estudian? investigan, analizan; su cuerpo en constante transformación tuvo átomos de Serret, el perseguido por Calvino, el mártir quemado a fuego lento, cuyas cenizas transportadas por el viento corrieron de norte a sur triunfalmente y animaron a

otros a sufrir idéntica o parecida pena. Nadie dijo de él; este hijo es mío, por eso tuvo por padres a todos los que amaron a la humanidad y por ella sufrieron. ¡Gloriosa paternidad, superior a las de más alta estirpe!

Y sintiéndose hijo de cuantos en la vida hicieron algo más que servir de rebaño anónimo, tuvo por padres a cuantos sufrían la injusticia de la vida o a cuantos le arrancaban un secreto.

Un día era en una obra donde veía a los hombres tostados por el sol o azotados por la lluvia, con la imposibilidad del esclavo moderno que subían al andamio y cantaban mientras levantaban hermosos palacios inmundas rahu'das y lóbreas prisiones, muchos de ellos el sábado recibían unas monedas y el despido, días lóbreos y tristes en perspectiva, el hogar frío, los hijos sin pan, la compañera hosca y desabrída, y la eterna peregrinación por las obras en busca del trabajo que los hombres han convertido en condenación y fuente de males.

Otro era un preso, un hombre maniatado que la sociedad repudiaba de su seno; unas veces con la cabeza erguida, manifestaba en la altíviz de su frente, que en ella sólo se gestaron pensamientos nobles, que sus palabras expresaron estos pensamientos y que los hombres que marchan bien sobre el machito, creyeron ver en estas palabras y en estos pensamientos una amenaza a los intereses por ellos creados, y determinaron ahogar esta voz y detener este pensamiento, cosa cada vez más imposible de conseguir.

A veces el preso triste y cabizbajo era un criminal vulgar, un ladrón, un asesino, un degenerado, un cínico; toda una escala de las variaciones con que nos obsequia esta pomposa civilización, que unas veces convierte a los seres humanos en grandes amadores del bien y la justicia, y otras en cínicos y egoístas, capaces de todas las bajezas con tal de satisfacer sus apetitos.

En todos ellos veía un padre, padre feliz de todos los nacidos, el que en bien de todos trabaja; padre desgraciado, el que del mal ajeno trata de sacar el bien propio, quizá su infancia desgraciada y llena de abandono gestó su ineptitud moral; quizá su padre, su verdadero padre, el que lo engendró, fué el culpable al no saberlo

hacer hijo de la humanidad, al mismo tiempo que suyo, de ese egoísmo y de esas malas pasiones, que al desarrollarse en el ambiente social tan corrupto y perverso, lo condujeron al crimen.

¡Qué horas más excelsas las pasadas leyendo a los maestros en filosofía o ciencia! ¡Qué placer el producido por la literatura! ¡Quién duda que Luis tuvo por padres a los que despertaron su cerebro e hicieron latir su corazón? El mundo no es, no puede ser, una manada de lobos hambrientos, dispuestos a devorarse mutuamente; es algo más que dormir cuando hay sueño, y comer, y engordar ¡oh el poeta que dijo era una desgracia que esto sólo no bastase, cómo conocía al mundo! sentir algo más es marchar por el camino de la vida oyendo el eterno anda... anda... anda... busca algo más que ese montón de rebañío humano que amó lo suyo no por bello ni por bueno, sino por instinto de propiedad.

Y esta paternidad ¿quién podrá negarla? Luis verá a su padre a través de estos libros que iban destrozando su inteligencia, que le iban haciendo asomar a un mundo desconocido de la mayoría de los humanos, entusiasmados sólo por el torero de moda o el as del puñetazo. Un hombre pensó y sintió hace muchos años, la necesidad de buscar e indagar la razón de muchas injusticias, y quien al cabo de muchos años se siente identificado con él, bien puede rezar la oración cotidiana.

Padres nuestros, que antes de reintegraros al gran Todo, pensásteis, amasteis y sufristeis, que dejásteis impresos vuestros pensamientos para guía y luz nuestra en las tinieblas a que la sociedad nos condena, que os estremecisteis de dolor en el potro del tormento, por no admitir mentiras consagradas como verdades, que os retorciésteis en el fuego o velasteis en el gabinete de trabajo; yo os amo como hijo, porque vosotros me gustasteis por la senda, de abrojos muchas veces, que conduce a la superación del individuo.

Y Luis, el hijo del camino, el rechazado del hogar honrado por la ley y la moral burguesa, con los brazos extendidos y el pensamiento en el pasado y en el presente, abrazaba a todos los hombres en un mismo sentimiento, y su corazón fundía todos los padres en uno

sólo, para considerar a todos y a cada uno, como padres de todos los hijos nacidos de mujer.

Aida siguió el exodo de su hijo, no podemos decir de ella que llegó a comprender los ideales humanos de que se nutrió el cerebro y el corazón de Luis; pero sí que acompañó su juventud, no sólo sin quejas ni protestas, sino con amor y voluntad; su contacto con la desgracia la hizo comprensible y justa, y si no buscó como su hijo, las ocasiones para llegar hasta el martirio, si era preciso, tampoco las rehuyó, la gran serenidad que invadió su conciencia cuando se sintió madre era su inseparable compañera, y si no le dijo anda... anda... anda... en busca del dolor y la desgracia, tampoco trató de detenerle en su camino.

En las andanzas de Luis era una estela de luz y armonía suprema, ya no se preocupaba de sus suaves y sedosos cabellos, ni de sus lindas manos, sin llegar a ser madre consciente, dejó de ser la muñequita frívola, para ser una fémia todo amor y comprensión, sino por análisis del mal, por deseo del bien.

Sus pies delicados conocieron las largas caminatas y se hirieron con todas las piedras del camino; ya no pisó más alfombras, sino guijarros; al ser poseída por una sombra errabunda participó del anda... anda... anda... de quien la fecundó; quedó más sujeta al momento impremeditado, que a los años de paz burguesa y, a diferencia de su marido, borróse de su recuerdo el hogar honrado y legal, para seguir en paz y amor la suerte del bohemio de la buena nueva.

Lo que no se borraba de su memoria era el resplandor de los ojos verdes; ojos brujos, interrogantes, que parecían decirle: ven, ven, sigue los pasos de tu hijo, que al seguirlos vas en pos mía, a quien deseas sin lujuria, y amas con un amor que tú misma no te explicas, amor humano, que no se satisface sólo de hermosura y línea, amor que al hacerse carne es chispa de genio, amor tras del cual corre la humanidad, como tras un imposible,

porque algo de imposible supone querer romper hoy con las cadenas que nos atan a la rutina y a la hipocresía.

Y Aida en su peregrinación, iba tras el ideal de amor que guía a la humanidad desde su infancia, y las espigas, eran dulces caricias al clavarse en su carne y su corazón elaboraba en cada latido más amor, más cariño dulce y tierno hacia todos los seres; más ansias de coger todos los dolores y hacerlos fundir en el crisol del bien y la justicia, para sacar de ellos elementos de renovación humana.

¿Quién la hizo comprender la quinta esencia de este amor redentor de todos los mortales? Preguntárselo a los que de cerca seguían a Espartaco cuando quiso librarles de la esclavitud. ¡Libertad!—susurró este caudillo en los oídos de los esclavos—y el sol lució más claro. desde que oyeron esta palabra, y los pájaros cantaron más armoniosos, y la naturaleza toda tuvo otro significante que hasta entonces.

—¡A la Bastilla!—gritaron los revolucionarios franceses —y el pueblo odió los lóbreos calabozos, donde agonizaban los hombres, amarrados a la cadena; los días sin sol de los presos, las noches interminables de los condenados, la zozobra de los seres amados, que llorau la separación del encarcelado, el mágico significado de la palabra ¡Libertad! fué más eficaz para todos aquellos hombres, que los más extensos y bien preparados sistemas filosóficos sociales.

Instintivamente huye el pajarillo de la trampa y en ella ruge el león, y el tigre se debate en ella con fiera. Muera antes de verme alejado para siempre del espacio que me pertenece, dice el primero, reclamo el derecho de posarme en la rama que me apetezca, de elegir la hembra de mi agrado y de buscar el insecto que ha de servirme de alimento. ¿Quién es el osado que me priva de ello? ¡Ay! Un hombre.

Dejadme en mis praderas, dice la bestia, quiero correrlas a mi antojo, pisotear el suelo en mis correrías y azotes los arbustos con mi cola, sin que nadie me moleste tumbarme al sol o a la sombra, según mi capricho, buscar a la hembra y rendirla con mis caricias, lamer a mis cachorros y enseñarles a saltar y a cazar. ¿Quién

es el osado que trata de arrebatarme mi libertad? ¡Ay! Un hombre.

Anda... anda... anda... nuevo judío errante, despierta en los hombres, esa gallarda concepción de la vida. Hijo del camino eres y al camino te ha arrojado el hogar burgués, levanta la testa, sacude la melena, interroga a la vida con tus magníficos ojos verdes, que ella te irá desgranando sus deseos; ella te planteará infinidad de problemas; ella, te irá aclarando todos los puntos que los libros y los hombres te dejaron oscuros.

Anda... anda... anda... que te acompaña la madre de todos los hijos. La suavidad del amor que no durmió en finas sábanas, las dulzuras de La Altísima que enloqueció de amor, no por un hombre, sino por amor a los hijos nacidos de mujer.

* * *

AEP - CDHS
BARCELONA

—Madre mía, es necesario que lleguemos a poblado antes que sea de noche.

—No me siento con fuerzas para andar, tengo una laxitud extrema, me gustaría dormirme así, mirando la primera estrella que parpadea en el infinito.

—Yo te llevaré, soy joven, robusto, acostumbrado a las grandes caminatas, y tu peso es ligera carga para mis brazos, y suave para mi corazón.

—No, déjame descansar, busquemos una roca para guarecernos y platiquemos mientras el sueño se apodera de mis párpados, para cerrarlos para siempre, y mi lengua calle, para no dejarse oír más.

—Apóyate en mí y marchemos, luego nos será difícil atravesar este escarpado terreno.

—No insistas, no le temo a la muerte y menos en esta calma augusta de la naturaleza, en este silencio donde no se oye el grito del borracho, ni la obscura calción del que ahoga en lascivia, la pena de la vida.

Siéntate aquí, mira nevar, es hermoso ese picacho nevado más hermoso que la boardilla donde se amoratan los miembros de frío, en tanto otros desde un confortable gabinete ven la nieve adornar árboles y bordar adornos en ellos.

¡Qué calma más sedante para mi agonía! A estas horas millares de niños acosan al vendedor con el periódico o la chucheria, muchos de ellos regresarán sin los céntimos que les libre de los palos que recibían, por no llevar cuanto desean sus explotadores.

—Y tú amas a esos niños, ¿verdad madre?

—Son mis hijos, allí donde hay uno que sufre es mi hijo, allí donde hay otro que goza, si su gozo es natural y legítimo, también lo es; con el primero, sufro; con el segundo, me expansiono, y los dos ocupan un lugar en mi corazón.

—Por eso dice Linares Rivas: «¿Habéis observado que todo el que sufre dice ¡madre mía! y que generalmente es una mujer la primera que acude a socorrerle?»

—Justo, por eso la religión sabía muy bien lo que se hacía al inventar la escena en la que la madre recibe en la persona del Bautista como hija a toda la humanidad; había de conquistar más fieles la dolorosa acogiendo en su corazón al pobre, al caminante, al niño y al viejo, que toda la teología de los concilios regulares y extraordinarios.

—Ya hemos presenciado las fiestas de nuestros meridionales, no es posible encontrar en ellas rastro de religiosidad, mezcla de paganismo y sensualidad, no creen; se impresionan por los sentidos y exteriorizan sus pasiones carnales y su exuberante imaginación, en ese culto idolátrico y pagano a la madre y a la mujer, bajo diferentes advocaciones.

—Pronto dejaré tu compañía; pero no te abandonaré del todo, partículas más encontrarás en el aire que vivificará tu sangre, en el alimento que confortará tu cuerpo, en el aroma de las flores que recrearán tus ratos de descanso, en toda la armonía y equilibrio de la naturaleza; y cuando un átomo mío se una a otros que produzcan dolor o injusticia, vibrará en energética protesta y te gritará de cerca o de lejos: anda... anda... anda... combete el mal, siembra el bien, cumple el destino para que fuiste engendrado.

Detrás del picacho más alto, completamente nevado, se ocultaba el sol; la luz al atravesar la nieve presentaba variadas tonalidades; Aida creía ver diferentes formas surgidas de aquellas accidentadas montañas, que al irse

sumiendo en la sombra fingían, ora un rebaño, ora una agrupación de hombres, ora figuras variadas y fantásticas.

Dominando todo esto una figura varonil abría sus brazos, no en ademán imperativo sino amoroso; los verdes ojos de su hijo, que se inclinaban sobre ella. le recordaron los de aquella noche que cambiaron el curso de su existencia; y en el silencio vespertino, más feliz que en la cama de un hospital, más tranquila que los que sienten su cuerpo despedazado por la explosión del grisú y por la máquina traidora, murió Aida, la muñequita frívola, de mirada melena y carnes de alabastro, después de haber dejado en el camino de la vida sus frivolidades y bonituras; convertida en Mujer al dejar de ser bibelot, para convertirse en carne de dolor y sentir sus pies llagados por las piedras del camino, y su corazón dolorido con los dolores humanos.

Luis era ya el verdadero hijo del camino, al dejar a su madre no sólo como suya sino como madre de todos los dolores y de todas las injusticias, envuelta en la nieve y velada por las estrellas de aquella noche serena.

AEP - CDHS
BARCELONA

Luis fué el hijo del camino y en el camino dejó a su madre, como ella dejó a todas las madres que sufren y padecen; a todas las que en vano rezan a la cabecera del hijo enfermo; a todas las que con sus besos quieren reanimarlo a la vida; a todas las que llama el soldado herido en el campo de batalla, el enfermo en el hospital, y el preso en la cárcel.

Miró cara a cara a la vida y se propuso empezar su conquista; al servicio de esta conquista puso su juventud, dos tesoros incalculables y que tan poco se conocen, y tanto se malgastan, a su análisis no resistieron tinarias ni divinidades, y dulce como un cordero para los desgraciados, y altivo como un león para los poderosos, se convirtió en catapulta contra todo lo estatuido.

Un buen día conoció el amor y como amó; como puede amar un hombre que no aspira a fundar un hogar; más o menos aburguesado, como sabe amar el hombre que

no quiere conquistar a la hembra a zarzapos como las fieras; pero que no la encierra en los límites de una domesticidad, como los llamados civilizados.

Dicen que todos tienen una vez en la vida la felicidad al alcance de su mano, la cuestión es saberla aprovechar. Luis buscó esa ocasión y la encontró; ¡feliz él! la vida le dió algo de lo que merecía su voluntad indomable y sus refinados sentimientos.

Junto a la hembra gozó como hombre sano, robusto y equilibrado retozando como retozones cervatillos corren los dos por los verdes prados y apagan su sed en el límpido arroyuelo, cogidos de la mano se miran embelesados y ríen por nimiedades y futilidades.

Junto a la mujer discutió de temas humanos y divinos; desahogó su corazón oprimido por tanta injusticia, y crispó los puños al sentir el dolor universal; con ella departió sobre lecturas, sobre casos vividos, sobre casos propios y ajenos, sobre todo lo que puede servir de alivio para el presente y de enseñanza para el porvenir.

Junto a la compañera rió y lloró, sufrió y gozó los instantes más exquisitos de su vida; hundió su cabeza en el seno femenino y allí mitigó las tristezas que la vida le proporcionaba, y allí añoró la felicidad pretérita; junto a ella se sintió padre de todos los niños e hijo de todos los padres; a su lado pudo gozar sin palatras y llorar sin lágrimas.

«Mi media naranja» de Felipe Trigo, fué encontrada por el hijo del camino; él, que fué condenado desde su concepción a andar... andar... andar... en busca de algo que no fuese vulgaridad, tontería, rutina, y que a fuerza de vivir al margen de la sociedad, tropezó ¡dichoso tropezón! con una mujer que supo ser para él hembra, mujer y compañera.

* * *

—¿Adónde vas peregrino llamando de puerta en puerta, no para pedir sino para dar?

—En busca de los humanos, pobres extraviados que confunden las necesidades fisiológicas con la hartura y el deleite malsano; en busca de mis hermanos, convertidos en Caín por la posesión de esos asquerosos discos de

metal, manchados con sangre y lágrimas; en busca de mis hijos, que agonizan física y espiritualmente antes de ser hombres; en busca de mis padres, que se van de la vida sin saber lo que es, atados a la cadena de la ajena explotación y de la propia ignorancia.

—Anda... anda... anda... que la empresa es grande y otros seguirán tus pasos cuando tu caigas a lo largo de ese camino que otros recorrieron; aparta los abrojos que a ti te hieran, para que no desangren al que detrás de ti camina y la paz y la alegría te acompañen.

—Como no sé va conmigo el amor, compañero inseparable del arte del bien vivir; con sus dedos de rosa restaña mis heridas; con sus besos, comunica elocuencia a mi boca; con sus bondades, ternura a mi corazón; con su serenidad, sosiego a mi mente.

—Anda... anda... anda que el monstruo tiene las uñas afiladas y el corazón de hiena; se traga la juventud y la edad madura, hace languidecer su tedio, y proporciona espectáculos groseros, para solaz y esparcimiento de gentes groseras; presenta como vicio la virtud más depurada y consagra por bueno todo lo bajo y concupiscente.

—No temas mi marcha es segura y continua; cuando muchos me creen parado, es que repongo mis fuerzas para empezar mi marcha, más segura y tenaz; cuando me suponen abatido, cobro fuerzas para levantarme más pujante; llevo de la mano al amor, en todas sus múltiples manifestaciones y soy «El hijo del camino», cuya meta es la apoteosis de la dignidad humana en el completo triunfo de la libertad.

* * *

Os dije que esta historia era virídica. ¿No lo creéis? Peor para vosotros; es señal de que os va mejor la aparente paz de los muertos que andan, que las espinas del camino.

¿Lo creéis? ¡Albricias! El hijo del camino «encontrará muchos acompañantes en su larga peregrinación.»

El Luchador

Recomendamos a los lectores de LA NOVELA IDEAL, la lectura de *El Luchador*. Leyendo dicho periódico se enterarán de lo que pasa en el mundo; sabrán de las ideas modernas y sentirán la satisfacción de ver interpretados sus sentimientos de fraternidad universal y sus pensamientos de igualdad ante la vida.

Con las ideas que sustenta *El Luchador*, no podrán producirse guerras ni días sin pan; no se sufrirán persecuciones ni se sentirá la dolorosa angustia de un mañana incierto. El hombre se sentirá libre y dichoso, sin tener que desconfiar de sus semejantes como ahora ocurre, y las mujeres gozarán de todos los derechos de que gocen los hombres.

El Luchador se vende al mismo precio que LA NOVELA IDEAL y puede pedirse a la misma Administración

Calle Guinardó, 37. - BARCELONA

Urales.—71. *El y Ella*, de Paco Iltir y José de Tapia.—72. *El amor errante*, de Federica Montseny.—73. *Flora*, de Joaquina Colomer.—74. *El pitu de Peñarudes*, de Mauro Bajaterra.—75. *El príncipe que no quiso gobernar*, de Adrián del Valle.—76. *Liberación*, de Juan Ferrer.—77. *La de mis sueños*, de Federico Urales.—78. *Los unos y los otros*, de Ramón García-Diego.—79. *La vida que empieza*, de Federica Montseny.—80. *Aurora nueva*, de Antonio Estévez.—81. *¿Es usted mi madre?*, de Federico Urales.—82. *Coloma*, de José Cardena.—83. *Sor Angélica*, de Federica Montseny.—84. *Para qué el hijo sea nuestro*, de A. Fernández Escobés.—85. *Del cielo al penal*, de Regina Opisso.—86. *El almañero*, de Mauro Bajaterra.—87. *Lo que me ocurrió con ella*, de Federico Urales.—88. *Fatalidad*, de Elias Garcia.—89. *La ruta iluminada*, de Federica Montseny.—90. *Amor que vivifica*, de Luis Calventus.—91. *El eterno problema*, de A. Fernández Escobés.—92. *El casamiento de mi novia*, de Federico Urales.—93. *Un drama en las Guillerías*, de Narciso Fontás.—94. *El último amor*, de Federica Montseny.—95. *Aura popular*, de V. Márquez Sicilia.—96. *Las aventuras de unos niños*, de Federico Urales.—97. *El primer amor*, de Elias Garcia.—98. *La tierra estéril*, de A. Fernández Escobés.—99. *Botones de fuego*, de Aurelio G. Rendón.—100. *Ladrón de amor*, de Federico Urales.—101. *¡Era su madre!*, de Regina Opisso.—102. *El tesoro escondido*, de Adrián del Valle.—103. *La fuerza del amor*, de Juan Martín González.—104. *Los malcasados*, de Federico Urales.—105. *Del Madrid de mis amores*, de Mauro Bajaterra.—106. *El corazón de la esfinge*, de Angela Graupera.—107. *Nuestra Señora del Paralelo*, de Federica Montseny.—108. *El amor que queda*, de V. Márquez Sicilia.—109. *De maestro a guerrillero*, de Adrián del Valle.—110. *Los hijos del otro*, de Regina Opisso.—111. *El hombre adúltero*, de Federico Urales.—112. *¡No, no, eso no!*, de A. Fernández Escobés.—113. *La pequeña hechicera*, de Angela Graupera.—114. *Un Abel más malo que Cain*, de Aurelio G. Rendón.—115. *El derecho al hijo*, de Federica Montseny.—116. *Los carrilanos*, de F. Barthe.—117. *Pedro el Justiciero*, de Regina Opisso.—118. *La mujer caída*, de Federico Urales.—119. *Una aventura original*, de Lorenzo Regalado y García.—120. *Los caminos del mundo*, de Federica Montseny.—121. *Micaela*, de Diego Ramón.—122. *Historia de la Oisca*, de A. Fernández Escobés.—123. *El retorno a la tierra*, de Angela Graupera.—124. *La moza alegre*, de Federico Urales.—125. *Mi honor, ¡no importa!*, de Regina Opisso.—126. *Contrabando*, de Adrián del Valle.—127. *Hacia otra vida*, de Mauro Bajaterra.—128. *La hija de las estrellas*, de Federica Montseny.—129. *Escenas del vivir*, de J. Ramos Concepción.—130. *Espinas y flores*, de Andrés Ramos Alvarado.—131. *El médico galante*, de Federico Urales.—132. *Destellos de luz*, de V. Márquez Sicilia.—133. *La tentación*, de Angela Graupera.—134. *Juan el tonto*, de Diego Ramón.—135. *Un delincuente accidental*, de Pedro G. Carrillo.—136. *Frete al amor*, de Federica Montseny.—137. *La tragedia de Leonora*, de Re-